

Volvamos al Añasco, que tenía,  
Segun la confianza de su pecho,  
Por una señalada valentía  
Lo que tan sin razón había hecho,  
Y que toda la tierra temblaría  
Para sacarse della mas provecho;  
Pero presto verá ser un engaño  
Que trocó los provechos en gran daño.

Porque la vanidad y la malicia  
Segun su propiedad el dejo tiene,  
Y los ojos con velo de cudicia  
No siempre miran lo que les conviene:  
Añasco pues con esta injusticia,  
Para correr la tierra se previene,  
Y al primo le mandó que se tornase  
A Timaná para que se curase.

El, sin temor de guerra ni recuento,  
Con diez y ocho solos á su lado,  
Se metió mucho mas la tierra adentro,  
Del rehén que tenía confiado:  
Asentó luego toldos en el centro  
Y comedio de lo mejor poblado,  
Pero la tierra tal y tan fragosa,  
Que no se vido semejante cosa.

En toda la distancia comarcana,  
Con ser culturas como de jardines,  
Ningun espacio ven de tierra llana  
Do se puedan valer de los rocines;  
Pero hasta que vino la Gaitana  
Quietos estuvieron los confines,  
Y acudían algunos naturales  
Con dones y pacíficas señales.

Puestos los nuestros en aquel paraje,  
Al señor de la tierra, Pigoanza,  
Hizo Pedro de Añasco su mensaje,  
Mandándole que venga sin tardanza  
Para reconocelle vasallaje,  
Y acudille también con la pitanza  
Lo mismo se le ruega por su hijo,  
Con hartío mas pesar que regocijo.

Nunca quiso cumplir sus mandamientos  
Ni los ruegos del hijo detenido:  
Pesos de oro le envió seiscientos,  
Y de criados número crecido,  
Que le hicieron buenos aposentos  
Donde pudiese ser mejor servido;  
Pero pronto verá tales halagos  
Ser vispera de días aciagos.

Porque él estaba ya mal indignado  
Desde que supo cuán atrocemente  
Mataron al mancebo desdichado,  
A quien reconocía por pariente:  
Hízolo luego mas acelerado  
La que su madre fue, que mas lo siente,  
La cual con otras dueñas tan ancianas  
Allí llegó mesándose las canas.

Ronca la voz, los ojos hechos fuentes,  
Turbada, despulsada y amarilla,  
La voz apenas saca de los dientes,  
Despedazada cada cual mejilla,  
Diciendo: «Deudos míos y parientes,  
Muévanos mis desdichas á mancilla:  
A tí mas que á ninguno, Pigoanza,  
Competen los rigores de venganza.»

«A tí me quejo, y el favor invoco  
Con que mi gran agravio se castigue,  
Pues nuestro parentesco no es tan poco.  
Que por muchas razones no te obligue  
A refrenar la furia deste loco  
Que á tí y á mí y á todos nos persigue,  
Con cuyos vientos vamos navegando,  
Y en un mismo navio naufragando.»

«Comun y general es la tormenta:  
Nadie desta fortuna se reserva;  
Truécanse los honores en afrenta,  
La noble libertad se hace sierva;  
Quien tal calamidad experimenta  
Busque la verdadera contrayerba  
Que deste mal es único remedio,  
Quitándolos a todos de por medio.»

«De la mujer, del hijo, del marido  
Se sirven, y los tienen por despojos;  
Y no pequeña parte te ha cabido  
De la continuacion destes enojos,  
Pues tienen con engaños detenido  
Al hijo que es la lumbré de tus ojos:  
No lo goza su deseosa madre,  
Ni le consienten ir á ver su padre.»

«Aquel origen triste de mi llanto,  
Hijo mio, dolor de mis entrañas,  
Quemaron vivo por poner espanto  
A nuestras gentes y á las mas estrañas:  
De tí sé que harían otro tanto:  
Tales son sus cautelas y sus mañas;  
Mira por tí, pues ellos son de arte  
Que será menester anticiparte.»

«Bien hace quien de tal golpe se escuda,  
Y huye de mojarse cuando llueve;  
A nuestra causa la razón ayuda,  
Y la ventura va con quien se atreve;  
De la victoria nuestra no se duda  
Ni de pagar su deuda quien la debe;  
Bien sabes que será juicio vano  
Soltar las ocasiones de la mano.»

«A quien fué causa de mi desventura,  
Junto lo tienes y aun te hace cocos:  
Es cómodo lugar, gran angostura,  
Los tuyos muchos, y los suyos pocos,  
Nunca mejor sazón y coyuntura  
Para que nadie quede destes locos;  
Dad en los que los hados amonestan,  
Porque después dareis en los que restan.»

«Este propósito tiene Pirama;  
Guanaca quiere questo se concluya;  
Los Paeces que acuden á la trama  
Tu determinacion es propia suya;  
En todo cuanto Timaná se llama  
No resta voluntad mas que la tuya:  
En guerra que desean tantos buenos  
No tienen los yalcones de ser menos.»

«Mira, señor, la general fatiga,  
El miserable pueblo cómo anda,  
La justísima causa que te obliga  
A querer aceptar esta demanda,  
Pues eres general en esta liga  
Do van tantos caciques de tu banda:  
Cuento les ordenares harán luego,  
E yo de parte suya te lo ruego.»

Semejantes palabras le decía  
La bárbara cruel para su hecho;  
Con mal de corazón se amortecía:  
Por ventura sería contrahecho;  
Mas al fin alteraba y encendía  
El rústico, feroz y bravo pecho,  
El cual en regalalla se desvela,  
Y con tales palabras la consuela:

«Pésame de te ver tan lastimada  
Y el venerable rostro hecho piezas:  
La vida no podrá ser restaurada  
Con cuantos hombres y armas aderezas;  
Mas yo te la daré tan bien vengada  
Que recibas por una cien cabezas,  
Y de pellejos de tus adversarios  
Verás poblados estos santuarios.»

«A questo te promete Pigoanza  
Para satisfacer á tu querrela;  
Y huélgome que pidas la venganza  
A quien no se hallaba fuera della,  
Pues en estos y en los de mas pujanza  
Había de bebella ó de vertella:  
Mitiga tus dolores si pudieres,  
Cierto de que haré cuanto quisieres.»

Al punto despacharon mensajeros  
Para sus capitanes obedientes:  
Los de Pigoanza fueron los primeros;  
Mas de seis mil cursados combatientes  
Serían, validísimos guerreros;  
Muy pocos menos de las otras gentes  
Que meneaban procelosas ondas  
De macanas, de flechas, lanzas, hondas.

«¿Qué borrasca mayor ó batería  
Pudieran dar las ondas de Neptuno?  
¿Qué fuerza, qué vigor, qué valentía  
Saliera de rigor tan importuno?  
Siendo pura verdad que combatía  
Contra mas de seiscientos cada uno,  
Y en lugar cuyo mas llano repecho  
Era para caballos sin provecho.»

Bastara la primer arremetida  
De tantos capitanes y vasallos,  
Para que la creciente y avenida  
Pudiera consumillos y anegallos,  
Aunque fuera la copia mas crecida  
De diestros españoles y caballos;  
Pues raras veces pocos temerarios  
Desbaratan gran fuerza de contrarios.

El propósito duro y el concierto  
Al noble mozo hijo de Pigoanza  
Le fué por ciertas indias descubierta,  
Significándole la gran matanza  
Que se haría por el indio muerto,  
Y cómo se juntaba gran pujanza,  
Sin exceptuar ninguno de la tierra  
Que fuese conviniendo para guerra.

El mozo con el rostro de difunto  
Al Añasco le dijo, y al oreja:  
«Acabo de saber en este punto  
El gran conflicto que te se apareja:  
El poder de la tierra viene junto  
Importunado por aquella vieja;  
Si no huyes, ello va de suerte  
Que yo no tengo duda de tu muerte.»

«Las vidas, mi señor, prendas son ricas:  
Perdidas, no se hallan á la mano;  
Ruégote por el Dios que me predicás  
Ser autor de lo bajo y soberano,  
Y esotras cosas que me certificás,  
Que luego nos salgamos á lo llano,  
Pues la partida que al virir importa  
Tanto mejor será cuanto mas corta.»

«En riesgos y peligros tan patentes  
Suplicote, señor, que no te tardes:  
Que si vosotros pocos sois valientes,  
Ningunos de los muchos son cobardes;  
Conozco bien sus bravos accidentes,  
La determinacion de sus alardes,  
Que puestos en estremo semejante  
No se les pone cosa por delante.»

Añasco le responde: «Vive ledo,  
Y no quieras por esto fatigarte,  
Pues para retraerme un solo dedo  
El mundo todo no podrá ser parte;  
En este sitio con estarme quedo  
Han de volver huyendo de mal arte,  
Y habrán por bueno viendo su castigo  
De no querer burlarse mas conmigo.»

El mozo bueno su razón ataja  
Llorando su notorio desatino,  
Diciendo: «Señor, mira la ventaja  
Que tienen á tu campo peregrino,  
Porque todos sereis como la paja  
Movida de terrible torbellino,  
O flaca llama cuando resplandece  
Y en ese mismo punto desaparece.»

No lo pudo vencer con otros ruegos  
Demás de los que tengo declarados;  
Mas todavía con desasosiegos  
El negocio tractó con sus soldados,  
Y todos ellos estuvieron ciegos,  
Torpes, perplejos, indeterminados,  
Hasta tanto que ya rayos solares  
Fueron á visitar otros lugares.

Absentes los febeos resplandores  
E ya venida la tiniebla fría,  
Crecieron las congojas y temores  
De los de cristiana compañía:  
La mortificación de los calores  
Vitales, cada cual en sí sentía,  
Con sudor frío por las coyunturas,  
Anuncio de sus ciertas desventuras.

No faltaban aullidos entre tanto  
De fieras por sus sendas mas estrechas,  
Ni las aves nocturnas que con canto  
De llores confirmaban las sospechas;  
Los buhos conmovidos del espanto  
Por cima les cantaban las endechas,  
Con otras mas señales que no cuento,  
Por quien iba temor en crecimiento.

Ninguno los anima con arenga  
Porque á la prontitud temor escede,  
Y si comienza cosa que convenga  
Que al medio del camino no se quede;  
El tiempo breve, la resolucion luenga,  
Quisieran dalla, pero nadie puede,  
Por no les dar la misera dolencia  
Lugar para tener tal advertencia.

Todavía con ánimo valiente  
Añasco les mandó que estén alerta,  
Y entre lugares repartió su gente,  
Que cada cual abría larga puerta;  
Y para que muriesen brevemente  
No se pudo hacer cosa mas cierta  
Que dividir sus pocos combatientes  
En partes y lugares diferentes.

«¿Qué hueste de Anibal, ó de Antioco,  
O del gran Taburlan ha dividido?  
A mí pareceme término loco  
Y orden de mercader desvanecido,  
Si su posible, siendo caudal poco,  
Corre por muchas manos repartido,  
Pues para que la suya se consuma,  
Basta pasar por una y otra pluma.»

Mucho dura la fabrica trabada,  
Mas tiran que uno dos bueyes unidos;  
Mal pueden de la mano separada  
Ser los restantes miembros socorridos:  
Fué cierto cosa desproporcionada  
Pocos en muchas partes repartidos,  
Porque con menos fuerzas es quebrado  
Solo hilo sencillo quel doblado.

Pero cuando prudencia se desvía,  
Dase las menos veces en el hito,  
Y es una ceguedad de muchas guías,  
Segun claro constó deste conflicto,  
Cuyo triste suceso yo quería  
Poner muy á lo cierto por escrito,  
Y porque dél resultan mas rencillas  
Habré con canto nuevo de decillas.

## CANTO SESTO.

Donde se cuenta cómo vino multitud de indios sobre el capitán Pedro de Añasco, y le mataron la gente que tenía, excepto tres que escaparon mas milagrosa que casualmente, y á él lo tomaron vivo, con otras desgracias que entonces acontecieron.

Seguro y especial salvoconduto  
Es en aquesta vida la templanza;  
Amargo, duro, pernicioso fruto  
Nace de la soberbia confianza;  
Quien es en sus antojos resolutivo,  
Sin ajustar fiel en la balanza  
Ni querer admitir consejo sano,  
A trabajoso fin anda cercano.

Bien se conocerá por lo que digo  
Ser el Añasco destas condiciones,  
Sin consideracion en dar castigo,  
Casado siempre con sus opiniones:  
Menos tomó consejos del amigo  
Para se reservar de puniciones,  
Y así Laquésis, rigurosa pareca,  
Su vida señaló con breve marca.

Porque ya descubriendo por oriente  
La dulce Venus su real corona,  
Anunciadora de la roja frente  
Del rutilante hijo de Latona,  
Llegó la tempestad y la creciente  
Que muerte desastrada les pregona,  
Por las tres partes donde hacen vela,  
Y á todos fué comun la centinela.



Luego la temerosa grita suena  
Del bárbaro gentío furibundo ;  
La tierra con temblor se desordena  
Y las concavidades del profundo ;  
No pone rota nube cuando truena  
Con rayos tantos miedos en el mundo ,  
Cuanto concibe quien un Dios adora  
Viendo presente ya su postrer hora.

Adonde mal gobierno los reparte  
Todos se muestran con ardor terrible ,  
Y cada uno dellos por su parte  
Hacia mucho mas que lo posible ;  
Caían de los del bárbaro marte  
Número de cabezas increíble ,  
Por ser en general estos soldados  
De los mas principales y apurados.

Mas la nube de jácnlos espesa  
Momento no cesaba de por cima :  
Pigoanza por cumplir con su promesa  
Con voces presurosas los anima ;  
Aquí y allí y allá hierve la priesa ;  
Un escuadron y otro los lastima ,  
Por espaldas , por pechos y por lados ,  
Ellos y los caballos traspasados.

No recibió Piton , serpiente fiera ,  
Tantos tiros de la potente mano  
De Apolo , cuantos ya tiene cualquiera  
De los del breve numero cristiano :  
Al remate van ya de la carrera  
Y al término fatal del ser humano ;  
A todas partes y do quier que sea  
La imagen de la muerte los rodea.

Ya faltaba vigor del primer brio ;  
Cualquiera les rebate ya la lanza ;  
Cayó Benalcazar , Baltasar del Rio ,  
Francisco Sanchez , Pedro de Esperanza ,  
Y la de todos que en el desafio  
Pretendian hacer crúel matanza :  
Libres quedaron tres de la ruina ,  
Luis Mideros , Cornejo y un Medina.

Habló con ellos el Luis Mideros ,  
Digo con el Medina y el Cornejo ,  
Diciéndoles : « Señores compañeros ,  
Tengo por salutifero consejo ,  
Pues somos hombres sueltos y lijeros ,  
Que tomemos las armas del conejo :  
Será servido Dios darnos ventura  
Para poder salir desta presura. »

Apenas lo habló cuando fué hecho ;  
Y guardándose los tres peones ,  
A la dificultad poniendo pecho ,  
Hicieron calle por los escudrones ;  
Finalmente salieron del estrecho  
Con gran solicitud de los talones ,  
Hasta ver la montaña mas espesa  
Por donde se metieron á gran priesa.

Dejemos estos en el espesura  
Hasta que lleguen horas deputadas :  
Volvamos al Añasco sin ventura ,  
Que cierto hizo cosas señaladas ,  
Y en el conflicto riguroso dura  
Con daño de las gentes alteradas ,  
Y el buen caballo contra los que hieren  
Sube y desciende por adonde quiere.

Donde ve muchedumbre mas estrecha ,  
Allí se mete con vigor ardiente ,  
Porque demás de sello de cosecha  
Necesidad lo hace mas valiente ;  
Pero para vivir , qué le aprovecha ,  
Teniendo lo contrario ya presente ?  
Y fué tal , que mejor hubiera sido  
Quedar con los demás allí tendido.

Habiendo pues llegado la mañana ,  
No con plácido rostro ni sereno ,  
Hizo terribilísima macana  
En dientes del caballo golpe lleno :  
Demás de no quedar la boca sana  
Los tiros quebrantó del duro freno ;  
Corre por donde ve vez oportuna  
A su albedrio y sin orden alguna.

El desconcierto visto del caballo  
De diestro y arrendado fugitivo ,  
Con gran instancia van á rodearlo  
Los fuertes del ejército nocivo ;  
Pero muerto cayó sin derriballo ,  
Y al misero señor tomaron vivo :  
Vivo lo toman , y quedó de veras  
Por escarnio y por carne destas fieras.

Como de fuscos tordos á la haza  
Acudir suele multitud crecida  
Cuando las rojas mieses embaraza ,  
Hallando sin defensa la comida :  
Así luego vinieron á la caza  
Que vieron los demás estar caida ,  
Con tanta grita de uno y otro cuerno  
Como ministros fieros del infierno.

¡ Oh caso de los casos mas atroce ,  
Suceso de sucesos el mas duro !  
Porque veáis si puede de una coce  
Fortuna derribar un alto muro .  
¡ Cuántas veces agora reconoce  
El consejo del mozo ser seguro ,  
Y que son cosas de juicio loco  
Tener las importantes en tan poco !

¡ Cuántas muertes le están aparejadas ,  
Cuántos tormentos desapiados ,  
Cuántos azotes , cuantas bofetadas  
Descargan sobre miembros fatigados !  
Luego sus carnes fueron despojadas  
Hasta de los vestidos mas delgados ,  
Dejándolo con no mas cobertura  
De aquella que le proveyó natura.

Delante de Pigoanza fué llevado  
Y del hijo llamado don Rodrigo ,  
Que con gran diligencia fué buscado ,  
Y el padre lo tenia ya consigo :  
Vidolo triste , mustio , demudado ,  
Con sentimientos de fiel amigo ;  
Y allí delante la proterva ira  
Gime cada cual dellos y suspira.

Los ojos del mozo hechos rio ,  
Con el Añasco razonó deste arte :  
« Al alto Dios pluguiera , señor mio ,  
Que mi fuerza pudiera remediarte ;  
Mas en la confusion deste gentío  
Paréceme que soy ninguna parte :  
El poderoso Dios te de talento  
Para morir con buen conocimiento. »

« Si murieras por caso repentino ,  
Menos pudiera ser mi sentimiento ,  
Por ser la muerte general camino  
Y vida temporal ligero viento ;  
Mas por las crueldades que adevino  
Lo que durares con vital aliento ,  
Padézco tal y tan inmensa pena  
Que no puede llegar á ser mas llena. »

« En esto se recrea la demencia  
Deste bestial gentío , torpe , fiero :  
Armame del escudo de paciencia ,  
Pues naciste cristiano caballero ;  
Apartome de ti con tu licencia ,  
Que no me dejan verte , ni yo quiero ,  
Por no ver espectáculo tan triste.....  
¡ No sé , señor , por qué no me creiste ! »

Con esto desviaron al mozo ,  
De lágrimas los ojos empapados .  
Añasco , despedido de consuelo ,  
Los suyos á los cielos levantados ,  
Dijo : « Yo te doy gracias , Rey del cielo ,  
Que mas merezco yo por mis pecados ,  
Y pues por ellos viene tal castigo ,  
Otro millon de veces te bendigo. »

« De tu fe santa nada me desvío :  
Protesto de morir en su creencia ,  
Fuera del alocado desvario  
De desesperacion é impenitencia ;  
Pues aunque de mi vida desconfio ,  
Muy confiado voy de tu clemencia ;  
Tu santa voluntad sea mi guia  
Para corroborar aquesta mia. »

« En esta confesion firme y entero ,  
Aprieten los carnifices las llaves ,  
Porque si tú por mí , manso Cordero ,  
Padeciste tormentos muy mas graves ,  
Con la recordacion dellos espero  
Que todos estos me serán siaves. »  
Quisiera decir mas , y no lo dejan  
Las burlas y ludibrios que lo aquejan.

Llamó pues Pigoanza la Gaitana  
Para le dar al misero paciente ,  
La cual contra la gente castellana  
En el recuento se halló presente :  
Ella lo recibió de buena gana ,  
Y no menos crúel que diligente  
Descubrió luego con acerbo hecho  
La rabia y el coraje de su pecho.

Pues como de mujer son sus antojos ,  
Si tiene mano contra quien la injuria ,  
Que da satisfaccion á sus enojos  
Dejándolos correr á toda furia ;  
Y así primero le saca los ojos ,  
Segun á Mario la romana curia ,  
Porque lo que durase desta suerte  
Viviese con deseo de la muerte.

Después desto la desapiadada ,  
Crúel de suyo con la pena loca ,  
La barba por debajo horadada ,  
Grueso cordel en cantidad no poca  
Le metió por aquella cuchillada ,  
Cuyo cabo sacaron por la boca ,  
Y allí le dieron á la sogá fudo ,  
Con gran aplauso deste vulgo rudo.

Desto manera fué del triunfando ,  
Aquel cordel sirviendo de trailla ,  
La victoria y trofeo publicando  
Por los mercados de ciudad ó villa :  
Y de los estirones que va dando  
Desencasada cada cual mejilla ,  
Con tal alteracion el bello rostro ,  
Que ya no parecia sino móstro.

Reconociendo que de ser humano  
Huían los espíritus vitales ,  
El pié le cortan , otra vez la mano ,  
Otra vez pudibundos genitales ,  
Hasta que con paciencia de cristiano  
Salió de las angustias de mortales ,  
Para volar , segun pios motivos ,  
A la quieta tierra de los vivos.

Los atroces tormentos acabados  
Segun feroz bestialidad ordena ,  
Los caballos y dueños desollados  
Y de ceniza la pelleja llena ,  
Unos y otros fueron cuarteados  
Para guisarse la nefanda cena ,  
Y de los cascacos ya limpios y rasos  
Para beber en ellos hacen vasos.

Cuando la borrachera se hacia  
Que con cantos y bailes celebraban ,  
El primo del Añasco todavia  
Se estaba quedo donde lo dejaron ,  
Con dos hidalgos en su compañía  
Que para lo curar con él quedaron ,  
Y para dar en ellos apareja  
Sus valedores la proterva vieja.

El hijo de Pigoanza que recela  
Destos tres españoles la caída ,  
Determinó librallos con cautela  
Que de nadie pudiese ser sentida :  
La cual fué despachar quien los compela  
A poner en efecto la huida ,  
Dándoles mucha grita desde fuera  
Y alborotándolos desta manera :

« Esperad , esperad , gente cristiana ,  
Vereis nuestra macana cuánto pesa ,  
Pues antes que se llegue la mañana  
Habeis de ser manjar de nuestra mesa ;  
Aquí llegará presto la Gaitana  
Que en vuestro capitán ha hecho presa ;  
Los huesos podeis ver de los vencidos ,  
No sólo descarnados , mas roidos. »

Llegaron los mozoletos en un salto  
Para cumplir aquellos mandamientos ,  
Y luego dieron grita desde el alto  
Que estaba cerca de los aposentos :  
Cansáronles terrible sobresalto  
Después de declarados los acentos  
Por lengua que tenían que declara  
Lo que decían en el algazara.

Parecióles la grita gran soltura  
Y no buena señal hacelles cocos ,  
Y así tuvieron todos por cordura  
No reposar allí siendo tan pocos ,  
Y en aquella sazón y coyuntura  
Su consideracion no fué de locos :  
Vuelta de Timaná se fueron luego  
Con harta mas congoja que sosiego.

Desto manera fueron caminando  
Hasta verse metidos en el ala  
Y amparo cierto del señor Inando ,  
Que como buen amigo los regala ;  
Del cual indio tuvieron en llegando  
Mas certidumbre desta nueva mala :  
Era cacique noble , de buen pecho ,  
Y que mostró gran pena por lo hecho.

Tuvieron algun tanto de reposo  
Por llevar los caballos fatigados ,  
Mas luego con el paso presuroso  
Por el Inando fueron aviados :  
A Timaná hallaron sospechoso ,  
Y fué lo mas después de ser llegados ,  
Mas su declaracion no tan patente  
Que la supiesen dar precisamente.

Y es porque de las cosas que dudamos ,  
Cuyas noticias no llegan enteras ,  
Aquellas que tememos y odiamos  
Siempre se hacen menos crederas :  
Razones aparentes les buscamos ,  
Y así las daban muchos tan de veras  
Que parecia concluyente prueba ,  
Mas yo reniego de la mala nueva.

Juan del Rio tenia las opuestas  
Opiniones , y por no ser tardío  
Al cargo que tomó sobre sus cuestras  
Y en ir á ver á Baltasar del Rio ,  
Su hermano , hizo luego gentes prestas ;  
Pero hasta salir con mas avio  
Fueron delante cinco buenos hombres  
De caballo , de quien diré sus nombres.

Y son , si la memoria me socorre ,  
Los que llevaron esta delantera  
Juan Vazquez y Francisco de la Torre ,  
Y Pedro de Guzmán , que no debiera ;  
Un Juan de Cespedes con ellos corre ,  
Y juntamente Diego de Mosquera :  
Destos , dejándolos ir su camino ,  
Después diremos lo que les avino.

Juan del Rio salió con veinte y siete  
Otro dia después de su partida ;  
Cada cual dellos era buen jinete  
Y en este menester gente rompida ,  
La cual por otra via se entremete  
Que parecia menos impedida ,  
Y fué por Aniabongo , cuya tierra  
Metió manos y codos en la guerra.

Llegaron cuando ya se les estrecha  
El resplandor clarifico de Apolo :  
Vieron insignias de la maldad hecha ,  
Y de los indios presumieron dolos ,  
Porque para tener esta sospecha  
El pueblo principal hallaron solo ;  
Demás desto tomaron una vieja  
Que dijo todos ser en la conseja.

Viendo de guerra toda la frontera  
Y teniendo del caso certidumbre ,  
Sin dilacion quisieran salir fuera  
Si les diera lugar febea lumbre ;  
Mas con obscuridad no se pudiera  
Caminar sin notoria pesadumbre ,  
Pero con todo esto los mas votos  
Eran de verse diez leguas remotos.